

Artículos de Prensa

Madrid, 20 de abril de 2014
Análisis Económico

El País

Alicia García Herrero
Economista Jefe
Economías Emergentes de
BBVA Research

China: rehén de su propio éxito

Una y otra vez los líderes chinos parecen empantanar sus planes de reforma por alcanzar una meta pre-establecida de crecimiento del PIB. Hasta el propio Kuznets, el principal creador de la contabilidad nacional, se quedaría sorprendido de ver como un dato tan poco controlable como el PIB pueda convertirse en la principal meta de política económica de un país.

El problema de imponer una meta de crecimiento y tener que cumplirla se ha ido complicando ulteriormente a medida que China va transformándose en una economía de mercado. Lo cierto es que los planes quinquenales se ven rebasados por una realidad económica cada vez menos intervenida y que el control sobre los factores de producción se va resquebrajando.

Así, la meta de crecimiento del 7.5% que Xi Jinping anunció hace tan solo un mes en la Asamblea Popular Nacional ya no parece alcanzable a los ojos de su segundo, Li Keqiang, quien se ha visto obligado a anunciar un nuevo paquete fiscal para alegrar a la economía china. Por desgracia, el chute de endorfinas – aunque menor en tamaño e intensidad que el de 2008 – sigue teniendo el mismo efecto colateral peligroso: recrear un entorno fácil para que todo pueda seguir como estaba, es decir que los gobiernos locales y las empresas sigan endeudándose para seguir acumulando proyectos de infraestructura y exceso de capacidad instalada mientras que las familias, origen del ahorro que financia todo esto, pierdan capacidad adquisitiva por tener que ahorrar a unos tipos de interés reales negativos. La diferencia entre la situación en 2008 y ahora es que, en los últimos cinco años, las empresas chinas han pasado de una situación financiera envidiable a una verdadera adicción al crédito, por lo que el peligro de este paquete fiscal es mayor a pesar de su menor tamaño.

En este contexto, la pregunta que todos nos hacemos es si los líderes chinos van a tomar al toro por los cuernos, acometiendo las reformas que anunciaron en el Pleno del partido comunista el pasado mes de noviembre o, por el contrario, el toro les va a coger a ellos. El problema ya no es de identificación de los problemas, ni siquiera de reconocimiento de los mismos. Tanto Xi Jinping como Li Keqiang han reconocido públicamente que China no puede mantener su actual modelo de crecimiento y que ha de introducir reformas, costosas en el corto plazo, para mantener un crecimiento sostenible en un futuro.

Entonces, ¿Por qué no hacerlo? Tristemente, los líderes chinos se han convertido en rehenes de su propio éxito al haberlo medido de manera excesivamente simple por unas metas de crecimiento elevadas que se han conseguido alcanzar año tras año. Parece que ha llegado la hora de echar por la borda esa medición simplona y estrecha del éxito económico para concentrarse en la transformación económica que tanto necesita China. Los líderes chinos tienen que apretar los dientes y mirar hacia adelante antes de que no haya más espacio fiscal. Aunque ese momento parece lejano, no olvidemos que los mercados – aunque más controlados en China que en otros sitios – pueden adelantar esa realidad y limitar aun más el margen de política económica, lo que no hará sino aumentar el coste económico de las reformas. Si un país como China, sin limitaciones relacionadas con el ciclo político, no consigue cambiar de rumbo a tiempo, igual deberíamos abandonar la idea de que un régimen democrático es inevitablemente más lento en sus decisiones de política económica.